

## II NOTAS DE INVESTIGACION

ESTHER PEREZ. Lic. en Literatura Inglesa. Directora de Relaciones Internacionales de la Casa de las Américas.

Estados Unidos-América Latina:

apuntes para el estudio de la relación ideológica

El estudio del campo ideológico norteamericano contemporáneo y su evolución es uno de los aspectos necesarios para el análisis de esa relación.

### INTRODUCCIÓN

Con la dominación política y económica sobre América Latina, los Estados Unidos han trasladado a las sociedades del continente los productos ideológicos propios de una sociedad del capitalismo avanzado. Junto a sus exportaciones de productos terminados, de maquinarias, de artículos suntuarios, los Estados Unidos han exportado ideas. Y esta exportación ha sido sumamente exitosa, porque no hay otro ejemplo en que la dominación y el control —en el más amplio sentido de estos términos— de un país imperialista sobre una zona del mundo se haya completado y perfeccionado tanto como entre estos dos polos.

No se trata, sin embargo, de una exportación unilateral forzada, bajo un signo únicamente retrógrado. Tampoco se limita el fenómeno a una exportación a ultranza de productos completamente ajenos y terminados de una sociedad de consumo muy internacionalizada de un lado, y, del otro, a la absorción pasiva por parte de las sociedades neocoloniales a través de sus sectores más permeables o enajenados. Más bien, y sin negar lo anterior, hay que pensar en la atracción que desde el siglo XVIII ejerció sobre el pensamiento latinoamericano más avanzado un país que se presentaba desde su constitución como Estado independiente de modo distinto y opuesto al colonialismo europeo, y que tuvo verdadera importancia como foco de atracción progresista en política y como ejemplo de poder material.

La distorsión ideal de lo anterior con respecto a la propia realidad norteamericana no restaba eficacia al mito. Por el contrario, el ideal “ya logrado en la República del Norte” representó durante mucho tiempo, en los diversos proyectos de nuestras repúblicas, un modo muy funcional de salvar las distancias existentes entre la cultura ideal y la material. La nueva civilización americana trataba entonces de identificar su proyecto político y económico con el modelo norteamericano, con las distinguidas excepciones de quienes, entre otras razones por su conocimiento del desarrollo capitalista e imperialista de los Estados Unidos, comprendieron la distancia enorme entre esa sociedad y las nuestras, y la imposibilidad de identificar sus procesos respectivos reales como dos estadios de un mismo camino.

Los males que para América Latina ha representado esta “exportación ideológica” son innumerables y han sido bien documentados. Ella, se ha dicho con razón, corona y avanza la obra de dominación económica y de control político. Hay que tener en

cuenta que estamos hablando del “modo cultural” más significativo que se ha generado en el más importante centro capitalista de nuestro siglo.

Se impone, pues, que se afine nuestra comprensión del mismo, a fin de perfeccionar nuestras respuestas, sobre todo porque a las fuerzas revolucionarias de América Latina les corresponde el privilegio y el reto de llevar a cabo su batalla ideológica (y todas sus batallas) en Occidente, en una situación muy singular en lo que respecta al principal centro imperialista. El propósito de este trabajo es contribuir en algo a esa comprensión desde uno de los múltiples ángulos en que es posible estudiar la relación ideológica Estados Unidos-América Latina: el propio campo ideológico norteamericano contemporáneo.

## I

Nuestra argumentación se basará en considerar que:

- 1) Los últimos treinta años han sido para la sociedad norteamericana una época de importantes trastornos (entendidos como búsqueda de nuevos equilibrios y acomodos).
- 2) Las ideas han desempeñado un papel relevante en los procesos de cambio que han tenido lugar.
- 3) En el curso de estas décadas el imperialismo norteamericano ha logrado perfeccionar, a partir de sus propias crisis, los mecanismos y el funcionamiento de un abarcador complejo cultural encargado de manejar las nuevas situaciones, absorber sus aspectos de rebeldía o negación de la hegemonía burguesa y optimizar a lo interno las posibilidades ideológicas del sistema.
- 4) Si a lo interno el sistema ha privilegiado este instrumento ante el reto ideológico que enfrentaba, consecuentemente ha aumentado sus capacidades de enfrentamiento en el terreno de las ideas en el plano externo, en esta época en que, a la vez, crece el papel del aspecto ideológico en las relaciones de dominación y conflicto a escala internacional.

Hay que referirse inicialmente a dos aspectos de la realidad social y política norteamericana: las formas de organización y expresión política de la sociedad y las transformaciones de las mismas en cuanto a su contenido y su pensamiento. En cuanto a lo primero, conviene retrotraerse a las décadas de 1930-50, cuando los partidos políticos, frentes y sindicatos portadores de un pensamiento de izquierda (cuya creación y auge habían estado propiciados inicialmente por la emigración de obreros europeos hacia los Estados Unidos) fueron eficazmente reducidos por el capitalismo norteamericano combinando la represión (Comité de Actividades Antinorteamericanas), el soborno (cooptación de la dirigencia sindical y las reformas. El Partido Comunista, que hasta la Segunda Guerra Mundial llegó a reunir una membresía amplia y destacada (nucleaba a importantes sectores de la intelectualidad) y a rodearse de una capa no pequeña de simpatizantes, al tiempo que ejercía una influencia notable en el desarrollo de las campañas de las izquierdas, fue brutalmente limitado en su espacio político y social debido a la conjunción de una serie de factores internos e internacionales que fueron muy bien capitalizados por la

burguesía estadounidense. A partir de entonces, el anticomunismo permeó ideológicamente a la sociedad de manera casi total, y su vigencia ha sido legitimada como la única *actitud nacional* que puede adoptarse ante una cuestión que se plantea como la defensa de los Estados Unidos frente a la URSS y sus avances en el mundo. Todas esas presiones podían ejercerse con efectividad, por supuesto, porque junto al garrote existía una atractivísima zanahoria. Al pleno empleo generado por la Segunda Guerra Mundial, siguió la expansión extraordinaria del capital norteamericano: el PNB se multiplicó por 3,43 entre 1950 y 1970 y el ingreso personal por 3,54. Apenas un 3,4% de la fuerza laboral quedó en la agricultura, la que ya era a la vez una de las más productivas del mundo. La tasa de personas viviendo por debajo del nivel oficial de pobreza bajó del 22,2% al 12,6% de la población entre 1980 y 1970. En 1969 estaba en uso un automóvil por cada 2,33 habitantes. Esta base permitió extender a zonas mayoritarias de la población los beneficios de la riqueza y de las políticas estatales encaminadas a la popularización de *los* beneficios sociales (escolarización bienestar social, etc.)

En cuanto al segundo aspecto, conviene recordar cuál era el *mainstream*<sup>1</sup> social norteamericano en la década de 1950, es decir, la década de consolidación de estas ganancias económicas (que recibirían otro impulso, aunque menor, con la guerra de Corea) y cambios político-ideológicos. En general, los términos que mejor lo definen son los de estabilidad y mediatización, referida en este caso a la extensión del “*status* de clase media” a sectores amplios de la población en lo que toca a consumo, expectativas y nivel general de vida. De no menor importancia es la autorrepresentación de clase de estos sectores que es, nuevamente, de clase media, lo que junto a las políticas que referíamos anteriormente, han logrado que entre todos los países capitalistas desarrollados importantes, sean los Estados Unidos el único en que la clase dominante haya conseguido que nunca se implantara un partido obrero de masas.

La imagen que lograba proyectar la sociedad norteamericana, tanto a lo interno como a lo externo, era un tanto pueril, pero sin dudas codiciable: familias suburbanas, tranquilidad social, extensión del consumo al proletariado urbano y rural.

Instrumentos ideológicos de un poder tan grande como el cine y la TV reforzaban y reafirmaban esta realidad dulzona. En la imagen de esta sociedad, la institución de la Iglesia (fundamentalmente la protestante en sus variantes de más implantación en Norteamérica) proveía el trasfondo moral que desempeñaba un papel de importancia como factor social cohesionante. El puritanismo, signo ideológico bajo el que se fundaran las trece colonias, se confirmaba dulcificado por la riqueza y señalaba a los Estados Unidos como la nueva Sión y a su pueblo como el pueblo de Dios. La bonanza atraía hacia el país un nuevo tipo de inmigración, mucho más calificada e

---

<sup>1</sup> El término, muy utilizado en los Estados Unidos, se refiere a lo que se percibe como grupos, capas y tendencias mayoritarios en el país. No tiene una connotación clasista (aunque inevitablemente se cruza con otros que describen a la población en términos de clases), pero resulta muy útil al tratar cuestiones relativas a percepciones, expectativas y autorrepresentación sociales.

integrable. Si bien no era una sociedad muy sofisticada (¡dejemos esas extravagancias a los europeos!) había superado las disensiones y se suponía que hasta el gangsterismo era sólo un tema cinematográfico.

La década de 1860 destrozó todos esos presupuestos. Esos años se empeñaron en negar, como en una movida extrema del péndulo, todo lo que se daba por sentado apenas unos años antes. Religión, familia, cohesión social, prestigio y credibilidad del Estado, se convirtieron en blanco de los jóvenes airados. La descomposición corroía uno tras otro los altares de la tranquilidad burguesa a la norteamericana. ¿Cuál fue el detonante de esta crisis moral que antecedió en Estados Unidos ala crisis económica?

Las fisuras ideológicas que había sido posible ocultar o reprimir se estaban convirtiendo en simas.<sup>2</sup> La rápida y amplia escolarización fue sin dudas uno de los factores de esta crisis: las mujeres —cuya escolarización superior aumentó rápidamente hasta constituir más del 40% de la matrícula universitaria y los estudiantes fueron dos de los grupos más visibles de la misma.<sup>3</sup> El problema racial, nunca resuelto en el país, reveló no sólo la existencia de una minoría apreciable no disuelta en el *melting pot* norteamericano<sup>4</sup>, sino, de manera más importante y general, la existencia de injusticias, disparidades y contradicciones en la sociedad perfecta y la factibilidad de la movilización contra ella. Más de una década le costaría al imperialismo norteamericano la reelaboración de una fórmula que permitiera disminuir el activismo y la intranquilidad social en el país.

Numerosos factores internos y exteriores complicaron extraordinariamente la crisis moral, de cuya seriedad da fe el que los grupos más reaccionarios echaran mano repetidas veces al asesinato político (y hasta el magnicidio) durante esos años. Estos factores, a nuestro entender, fueron los siguientes:

—— La constatación por parte de los diversos grupos minoritarios, a partir de las protestas negras, de su marginación y discriminación. Su actividad fue facilitada por su concentración en *ghettos* de enormes proporciones. Las

---

<sup>2</sup> Para aplicar la relevancia de los factores ideológicos (y su limitación) en el movimiento norteamericano de la década de 1960, Juliet Mitchell ha escrito: “ Aunque la ideología es un rasgo permanente en todas las sociedades, el equilibrio entre ella y la economía varía No se trata de que en condiciones de coerción y extrema privación económica disminuya el papel de las armas de opresión ideológica, sino que la explotación en la base más visible. En una sociedad de consumo el papel de la ideología resulta tan importante, que es en la esfera ideológica que en ocasiones se manifiestan más evidentemente las presiones del sistema en su totalidad”. Cfr. Juliet Mitchell *Woman's State*, Vintage Books, Random House, Nueva York, 1971

<sup>3</sup> El crecimiento de la matrícula en especialidades sociales y humanísticas también fue importante. En una sociedad que avanzaba firmemente hacia la generalización del consumismo, la concentración física de decenas de miles de estudiantes facilitó la reflexión acerca de los efectos individuales y colectivos, la conciencia de sí mismos y de la sociedad, de su papel en ella y en los proyectos de cambio posibles. El incremento de las posibilidades de reflexión social, necesaria al desarrollo de un modo de dominación cada vez más complejo, resultó hasta cierto punto un *boomerang*.

<sup>4</sup> En 1970 el 9,9% de los blancos vivía bajo el nivel oficial de la pobreza; 33,5% de los negros estaba en la misma situación.

trascendentales transformaciones de las ciudades del país pusieron el problema llamado de la renovación urbana entre los más candentes de esa época.<sup>5</sup>

—— El triunfo de la Revolución Cubana (primer eslabón quebrado en la cadena del dominio norteamericano sobre América Latina) y la derrota de Girón (primera derrota del imperialismo norteamericano en América Latina). Las luchas de liberación en el continente. La necesidad consecuente de desarrollar una nueva política latinoamericana.

—— La conmoción que desde 1957 produjera el lanzamiento del *sputnik* soviético, que fue evolucionando hasta convertirse en percepción bastante generalizada de que existía una ventaja soviética en los campos de la conquista del cosmos, la cohería (con su implicación militar) y la enseñanza de las ciencias en el sistema educacional. Todo ello, unido a un conjunto de acontecimientos que concurrieron, obligaron a repensar la posición de los Estados Unidos *vis-a-vis* la Unión Soviética en el mundo. Sin duda, uno de los puntos más dramáticos en lo que a percepción nacional se refiere fue la Crisis de Octubre, con la necesidad para los Estados Unidos, por primera vez, de negociar con la URSS acerca de la situación de un país latinoamericano.

—— La guerra de Vietnam, sobre todo debido a la reimposición del servicio militar obligatorio y su consecuente extensión a la burguesía blanca. El alto costo en vidas norteamericanas fue quizás el factor más conmocionante de toda la etapa.

—— La amplia utilización de la represión por parte de las clases dominantes contra la población, especialmente la ejercida contra sectores de la misma hasta entonces considerados inviolables (*colleges*, universidades, etc.)

—— La irrupción, en medio de esta crisis moral, de una crisis económica que se traduciría socialmente en incremento del nivel de desempleo (sobre todo juvenil y entre las minorías) y disminución de los beneficios sociales.<sup>6</sup> Igualmente, afectaría la percepción de las expectativas de una nueva generación de norteamericanos.

En el terreno de las instituciones políticas y de la hegemonía de la clase dominante, se produjo una crisis, una de cuyas vertientes afectó la institución presidencial (asesinato de Kennedy, Watergate, conflicto Ejecutivo-Congreso, frecuentes sucesiones presidenciales). A la vez, y debido entre otras cosas a lo rápido de los

---

<sup>5</sup> Entre 1947 y 1967 las grandes ciudades crecieron hasta albergar al 64% de la población. En esos veinte años las clases medias se marcharon en masas a los suburbios, mientras en los centros se concentraba millones de pobres, en un medio físico, habitacional, de servicios y de producción cada vez más deteriorado.

<sup>6</sup> Después de mantenerse alrededor del 5% en 1950-70, la tasa de desempleo llegó a 8,5% en 1975 y se mantiene entre 7-9% en casi todos los años siguientes hasta hoy.

acontecimientos, se produjo una crisis generacional que cruzó (con diferentes expresiones y fuerza) las líneas de las clases sociales.

No obstante, aquella oposición a la que se dio en llamar el “movimiento” enfrentaba obstáculos internos de no poca monta.

En primer lugar, la falta de una cultura política continuada en el tiempo (debido al desmontaje de los mecanismos tradicionales de oposición política en las décadas 1940-50) dotó de un amorfismo a la protesta que, una vez percibido por los participantes, produjo la búsqueda desesperada de estructuras y la atomización de las fuerzas en incontables grupos y organizaciones.

Ello, unido a la pobre interpretación de las realidades norteamericanas por parte del “movimiento”, fomentó el surgimiento de fracciones que imitaban, en un vacío material, los modelos cubano, chino, vietnamita o cualquiera que hubiera resultado exitoso en sus condiciones concretas.

Igualmente, este pobre análisis por parte de la izquierda norteamericana más o menos radical, hizo que la agenda de reivindicaciones fuera sumamente confusa y que no se estableciera un orden de prioridades. Así, se entremezclaban la revolución social con la sexual, la liberación de presos con la del consumo de drogas y las actitudes antimperialistas con las contemplativas. Y todo ello al compás de una nueva música que paraba indicar —aumentando los equívocos— que hasta los sonidos se confabulaban para saludar el advenimiento de una jubilosa y gigantesca revolución mundial. Aunque se produjeron intentos de nuclear en un partido político o en una agrupación de activistas a las diversas posiciones de izquierda, nunca existió un consenso lo suficientemente amplio como para redactar una agenda común. Sólo el movimiento de oposición a la guerra de Vietnam pudo aunar en forma de coalición de fuerzas a sectores amplios de la población, entre ellos a amplios sectores de la burguesía norteamericana. Ese fue el movimiento de masas más importante que se haya producido en la historia reciente de los Estados Unidos, hasta el punto que desencajó los mecanismos tradicionales de poder estadounidense (sus repercusiones pasaron por la renuncia de un Presidente, se hicieron sentir en el aumento del poder del Congreso y afectaron las respuestas norteamericanas a las coyunturas internacionales) y obligó por primera vez al Ejecutivo norteamericano a concluir abruptamente una guerra impopular, con la derrota completa por demás.

Si este fue el resultado más importante del activismo de la década de 1960, el más duradero a nivel interno fue la alteración de la sicología colectiva norteamericana y la aparición consecuente de tendencias sociales a las que ha tenido que acomodarse de distintas formas el poder burgués de los Estados Unidos, en ocasiones, es cierto, extraordinariamente exitosas. Las más relevantes de estas nuevas percepciones, de estas nuevas maneras de la sociedad norteamericana de reflexionar sobre si misma, son las siguientes:

—— La. percepción de diferencias sociales y la admisión de la pobreza, la disparidad y la marginalidad en el seno de la sociedad norteamericana. Las que

más reconocimiento social han logrado son las debidas a raza, sexo y origen étnico o nacional. La conciencia de que estos son males sociales de difícil solución.

—— La aceptación de alternativas, sea en lo referente a modos de vida, culturas o puntos de vista. Consecuente aumento del interés de explorar dichas alternativas y de la tendencia a aprobarlas como válidas.

—— Disminución del etnocentrismo que caracterizara a la burguesía norteamericana hasta la década de 1950. Aceptación generalizada del fin de la supremacía incontestada de los Estados Unidos y suplantación de esto por el esquema de un mundo bipolar.

—— Incorporación de la idea del cambio a la manera de la sociedad de pensar sobre sí misma. Intento de asimilar las alternativas que surgen y no, como en el pasado, de rechazarlas como ajenas al caudal social más general.

## II

Estos cambios no se dan en un vacío de respuestas. De un lado, la preservación de los elementos básicos del sistema capitalista tal como se ha desarrollado históricamente en los Estados Unidos, y de otro la dialéctica de acción y reacción internacional, han supuesto cambios y adecuaciones, desarrollos y tendencias imposibles de obviar para comprender lo nuevo en su complejidad.

Sobrepasado el primer momento de respuestas “agudas” simbolizadas por la profusa utilización de las fuerzas de “la ley y el orden”, comenzaron a desarrollarse modos más sofisticados e integrales de desmontar los mecanismos de la protesta política y social en el país. Lo anterior revela, desafortunadamente, todas las posibilidades de recuperación de que dispone aún en el plano ideológico el capitalismo norteamericano; de un lado, estas respuestas han sabido combinar formas tradicionales de “contención social a la norteamericana” con la asimilación de los rasgos de ellos mismos que sea posible, como respuesta específica a lo nuevo; de otro, estas acciones no se manifiestan como respuestas aisladas, coyunturales, sino como un sistema con mecanismos de autocorrección que se sirve, y al mismo tiempo perfecciona, el complejo cultural al que hacíamos referencia anteriormente.

Así se comprueba:

—— Un intento por salvar y potenciar como instrumentos políticos aquellos valores morales que se identifican como más genuinamente norteamericanos. Se han destacado sucesivamente los derechos y las libertades individuales (elevados al plano de derechos humanos) y el nacionalismo. Conviene recalcar que estos no son elementos nuevos de la política norteamericana, sino que se han utilizado con cierta

repetición y que, correctamente, las últimas administraciones norteamericanas los han identificado como elementos ideológicos que sobreviven en sectores importantes de la población y que, convenientemente manipulados, operan a su favor.

—— La elevación del papel del individualismo. Pero ahora insistiendo en la compartimentación de los problemas por *issues* (con lo que se aprovechan y amplían las brechas existentes entre los reclamos populares) y en las posibilidades del sistema para satisfacerlos separadamente. Ello contribuye también a presentar aquellas reivindicaciones que el sistema no puede satisfacer como extremas e irrealistas. Incluso dentro de un mismo bloque de reclamos se tiende a la satisfacción parcial de aquellas fases del problema que auxilian a la segmentación por las líneas de clases del bloque de protesta posible (burguesía negra, segmento burgués dentro del movimiento femenino, etc.) La aplicación de las nuevas tecnologías a formas de vida y el empleo del tiempo libre han coadyuvado también a la fragmentación por las líneas de la familia, el individuo, los grupos de edad, etc. Ello incluye desde el número creciente de horas de empleo familiar de la TV<sup>7</sup> (con canales por grupos de intereses, localidades, temas, etc.), la personalización de los medios (TV de dos vías, programación individualmente seleccionada) hasta la enorme popularidad de los juegos electrónicos o el papel que desempeña el uso del teléfono y el servicio a domicilio en la cultura norteamericana. “Quedarse en casa” durante el tiempo libre —actividad que gana terreno rápidamente— aumenta el aislamiento de los norteamericanos entre sí, pero los conecta individualmente a la vez a emisores cada vez más poderosos y centralizados, que los proveen de entretenimiento y de opinión “pública.”

—— Un ascenso, con apoyo cuasi oficial, del conservadurismo religioso en sus variantes más extremas. Se trata de retomar el antiguo apego al texto bíblico y la resistencia a toda cuestión eclesiástica o social que parezca contravenirlo o vivificarlo, y lanzarlo “en defensa de la familia, las costumbres”, etc., contra un conjunto de actitudes o pensamientos que se consideran peligrosos para la conservación de la vida norteamericana. El fundamentalismo religioso pretende ser el centro de esta corriente y su legitimador espiritual; aunque se extiende sobre todo entre los evangélicos, pretende también ganar campo entre los católicos. Y también recurre a los medios masivos de manera agresiva, organizada y creciente.<sup>8</sup> Junto a lo

---

<sup>7</sup> A fines de 1984, el promedio de tiempo que invertían semanalmente los norteamericanos ante la pantalla de televisión (el 98% de las viviendas tienen al menos una) Era de 30 horas y 138 minutos; 27 millones de *video-cassette recorders* cuyo precio ha descendido a la cuarta parte en muy pocos años, contribuyen también al cambio en los hábitos de salir durante el tiempo libre.

<sup>8</sup> La décima parte de las emisoras del país tienen formato y connotación religiosas en sus programaciones. Una encuesta de 1984 arrojaba más de 13 millones de televidentes de programas religiosos. El programa “Jerry Falwell Live” llega por cable a 34 millones de hogares la noche dominical, y el Pentecostal Pat Robertson a 30 millones, con su TV cable no.4 y su programa TV Club 700. ( Tomado de Time, 2 de septiembre de 1985. “La Cruzada de Jerry Falwell”)



que hemos descrito está la aceptación de los nuevos retos y el combate en sus propios terrenos:

1. La presentación de la batalla en todos los frentes internos, por las más variadas vías directas e indirectas, a aquellos cambios que representen una desviación considerada no absorbible o demasiado discrepante con las fuerzas sociales de las que el sistema no puede prescindir (con variantes en la interpretación de diferentes administraciones e ideólogos). Así, frente al movimiento femenino crecen organizaciones como “Mujeres Preocupadas por Norteamérica” y otras. Frente al aborto, legalizado por la Corte Suprema en 1973, campañas de todo tipo que incluyen presiones violentas. Frente a las formas alternativas de vida personal, la publicización de puntos de vista retrógrados sobre la familia, la escuela, etc.

Frente a la liberalización en materia sexual heredada de la década de 1960, campañas de prensa sobre el incremento de enfermedades venéreas “incurables”, el brusco aumento de madres solteras y otros. Frente a una información política muchísimo mayor y el peligro de que se profundice la conciencia política, la conversión de la política en Cruzada (a Mayoría. Moral de Falwell, el *Christian Voice*).

Frente a la laicización de la vida y las instituciones, el activismo político-religioso que lucha por la censura en las bibliotecas y textos escolares, por restablecer el rezo en las escuelas y por obtener leyes que favorezcan sus exigencias ideológicas, con respaldo del presidente Reagan.

En resumen, se fomenta el combate ideológico en aquellos campos en que se percibe que se ha perdido objetivamente terreno doméstico y se fuerza, incluso desde el Ejecutivo, el apoyo a las posiciones más retrógradas. Es curioso cómo las interpretaciones subjetivas de lo que constituye perder terreno resultan tan importantes en el caso norteamericano, donde se cuenta con tantos medios auxiliares técnicos y científicos.

2. Los inicios de una política de minorías (más adelantada respecto a algunos grupos que a otros) caracterizada por la aplicación de la fragmentación y la absorción de los sectores de esas minorías más afines al sistema. Con ello se persigue el desmontaje del potencial explosivo de grupos marginales y su reinserción, a nivel de autorrepresentación, en el caudal social norteamericano más general. Se confía en que la diferenciación de oportunidades económicas y los reconocimientos legales e ideológicos de las últimas décadas consumen un proceso que tienda a hacer homólogas a esas minorías a la estructura social del país, mientras la exaltación sistemática y superficial que se hace de los derechos y la entidad de las nacionalidades y las etnias trata de velar la realidad de que las minorías resultan sometidas en grado mayor a la explotación y la subordinación. Como en otros aspectos de la sociedad norteamericana, la política de minorías de la clase dominante está facilitada por la detención e incluso el retroceso del proceso de autoidentificación y organización de las clases dominadas.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Una variable siempre importante en lo que respecta a la clase trabajadora: la tasa de sindicalización, después de lograr abrirse paso hasta un 22% en 1950, era igual en 1979, y de 18,8% en 1984

3. La efectiva reducción de dos ideas que existieron de hecho y sobre todo inspiraron a sectores amplios del movimiento político de la década de 1960: la de comunidad y acción colectiva, y la de violentación de los canales que ofrece el sistema para los cambios, en sus ámbitos político, social y familiar. La primera ha sido reducida a la ampliación del campo de la política municipal y de otras instituciones del sistema también cercanas a la base, sin duda una actividad gratificadora para amplios sectores, pero perfectamente controlable, y que fragmenta aún más y hace más difícil la aparición de una conciencia que cuestione la realidad nacional. El ideal de acción colectiva encuentra muy pocos cauces de expresión hoy; tiene interés su presencia en un sector del pensamiento feminista. El de violentación de canales y mecanismos está sumamente aislado y es muy minoritario.

4. Durante las décadas de 1980 y 1970 la prensa escrita y radial televisiva conquistó una serie de prerrogativas y una conciencia de su poder y su papel específico en la sociedad. La prohibición administrativa de informar por adelantado sobre la invasión de Girón fue el inicio más identificable de la disensión que existió, mientras que las informaciones sobre la guerra de Vietnam, potenciadas por el adelanto tecnológico, la publicación de los Papeles del Pentágono y el escándalo de Watergate, señalaron el punto más alto del poder de la prensa.

En esta nueva etapa, la misma es neutralizada por una dosis excesiva de su propia medicina. La avalancha informativa es tan grande que se pierden las perspectivas y las prioridades.

El ciudadano norteamericano, al que se le sirven dosis letales, por lo enormes, de información de la más disímil naturaleza, yuxtapuestas, entremezcladas, no jerarquizadas, dispersas, no puede orientarse sin ayuda de intérpretes y oráculos políticos en medio de esta avalancha que lo aplasta y lo angustia. El aumento de las posibilidades tecnológicas a su alcance, paradójicamente, no hace más que incrementar anárquicamente este caudal y contribuir al concierto de mil voces destempladas de las cuales sólo emerge con claridad el mensaje de la libertad de la prensa y del derecho del ciudadano a la información, al tiempo que se fomenta la amnesia histórica al borrar con nuevos mensajes el inmediatamente anterior.

Todas estas respuestas y contrarrespuestas tienen también una resonancia internacional, debida, sobre todo, al hecho de que la cultura norteamericana ha continuado internacionalizándose en esta etapa. Y ello no sólo en el sentido de exportación cultural al que nos referíamos antes, sino también en un nuevo sentido de absorción mayor de un mundo que está ahora siempre a la vista del ciudadano norteamericano. Esta resonancia ha requerido acomodos y respuestas sistémicos que han incidido en el complejo cultural estadounidense. Sin pretender abarcarlas en su totalidad, señalaremos aquellas que nos parecen especialmente importantes para la lucha ideológica desde la perspectiva latinoamericana.

—— Repliegue hacia las formas más esquemáticas y estereotípicas de descripción del binomio capitalismo-socialismo en su personificación internacional. No se trata sólo de describir a la URSS como el “imperio del mal” (con lo cual se equipara a los

Estados Unidos con las fuerzas angélicas y Flash Gordon a la vez), sino de presentar cualquier intento de mejorar las condiciones de existencia, ejercer la soberanía nacional y desarrollar la participación popular en el gobierno, en un país del Tercer Mundo, en cuanto amenace los intereses de dominación norteamericanos, como “una caída en la tiranía comunista” y en la “esfera soviética”, que debe ser combatida y eliminada.

Se revitaliza para América Latina la vieja teoría del dominó, inventada para Asia en su momento, con los nuevos ingredientes de cuarta frontera, cercanía geográfica, etc., al tiempo que se abandona toda idea de entender el cambio social como la expresión de fuerzas endógenas y de tratar de controlar ese cambio imprescindible, y se interpreta públicamente cualquier alternativa de cambio como una expresión del enfrentamiento bipolar entre las potencias.

Ese esquematismo no es nuevo. Pero hay un elemento que ha cobrado una nueva vigencia de extrema importancia en los Estados Unidos actuales, que es el reduccionismo del análisis político que supone el empleo de un cierto lenguaje en el que sobre todo la administración actual ha tenido éxitos muy significativos. De esta manera se comprime el análisis político a sus elementos más superficiales y convenientes al sistema mediante el empleo de frases, *slogans* palabras, etc., en técnicas que representan un préstamo tomado a los perfeccionadísimos recursos de la propaganda comercial. Este elemento puede ser de tanta importancia, al maniar el debate político y la comprensión popular más profunda de los procesos y fenómenos nacionales e internacionales, que puede llevar a los analistas a la conclusión de que la cultura y el interés políticos del norteamericano promedio es hoy menor que hace veinticinco años. Se trata, entre otras cosas, de que ha sido muy eficazmente privado de los instrumentos mediante los cuales expresar su interés.

—— Se fomentan fórmulas para contrarrestar, mediante la dilución, la interpretación correcta y solidaria que sectores e instituciones norteamericanas han llegado a elaborar sobre procesos internacionales. Quizás el sector donde esta batalla se aprecia de manera más clara sea el religioso, donde diversos factores nacionales e internacionales han confluído para hacer de la Iglesia norteamericana (en sus diversas denominaciones) un factor de enfrentamiento a políticas oficiales. Esto se aprecia con especial claridad en el caso de América Latina, no sólo en la explicación, más profunda, abarcadora y justa que grupos completos de la Iglesia realizan, sino también en su involucramiento en los procesos de cambio continentales. Este es uno de los casos más claros de cambios que no pueden ya ser asimilados positivamente por el sistema. Se aplica pues, o el silencio oficial, cuando es posible, o las condenaciones programáticas, o la dilución del debate en cuestiones religiosas domésticas o la exportación de manifestaciones religiosas de signo retrógrado que diluyan y confundan las posiciones antes mencionadas.

—— La acción misma organizada, a través de los mecanismos ya establecidos y de otros que se agregan, de traspaso de elementos del sistema ideológico renovado que

hemos tratado de examinar, a los países latinoamericanos. Se confía en la mucho mayor capacidad de estos elementos de obtener la aceptación de sectores amplios de nuestras poblaciones, en las revoluciones producidas en los medios de transmisión, que ellos controlan tanto como los nuevos productos culturales, lo que potencia la magnitud y atracción del barraje que nos mandan, y por último, se confía también en la existencia y ampliación de necesidades en América Latina, que ellos llenarían.

### III

Por su parte, América Latina ha registrado cambios importantes en estos años. El crecimiento generalizado del medio urbano, en relación muy íntima con los procesos de modernización del capitalismo en la región, expresan una ampliación y complejización muy grandes de los nexos neocoloniales con los Estados Unidos. En este marco, se han multiplicado la comunicación, los vínculos y el consumo general de productos norteamericanos; todo ello ha expandido de forma cualitativa la influencia norteamericana en la región.

Se ha extendido un gusto por los productos culturales norteamericanos (entendiéndolos en su sentido más lato, desde artísticos hasta de formas de vida, pasando por los políticos entre sectores cada vez mayores de la población). Se trata del proceso de absorción de cultura que ha conllevado a que muy amplias zonas de la población latinoamericana valoren la música de Norteamérica como la de nuestra época, escojan la informalidad general de la vida como conducta e incorporen reivindicaciones tales como el feminismo a sus propios reclamos. Este es un proceso inevitable, que se ha visto favorecido, además, por el inmenso volumen de la producción cultural norteamericana, pero también —y queremos insistir en este aspecto— por el proceso de maduración, de asimilación de lo nuevo, de enriquecimiento y de incremento de las contradicciones que ha experimentado el complejo cultural norteamericano en las últimas décadas.

América Latina se encuentra hoy sometida a una hegemonía cultural norteamericana que cuenta no sólo con recursos técnicos y medios de implantación abundantes, sino que parece proveer formas culturales “superiores” a las que las búsquedas de los latinoamericanos más preparados e inquietos puedan alcanzar por sus propios medios. Se corre el riesgo, pues, de que la dominación cultural norteamericana se vuelva totalizante, y de que asuma incluso las tendencias de renovación posibles. Todo ello, naturalmente, siempre que se permanezca dentro de los marcos del sistema capitalista neocolonial.

Los latinoamericanos que se proponen cambiar todo el sistema vigente no pueden, por lo mismo, ignorar esta realidad nueva de relativa “norteamericanización” de sus sociedades. ¿Qué posiciones asumir, cómo combatir eficazmente aquella dominación cultural en el curso de la batalla ideológica que es imprescindible librar para que triunfen las revoluciones?

Cualesquiera que sean las respuestas a las que lleven las situaciones nacionales y los demás factores que condicionan el problema, resulta imprescindible el conocimiento mismo de la naturaleza y las características fundamentales de producción de aquella

cultura de dominación. El conocimiento es una condición de la certeza y la eficacia de la respuesta. Es en el terreno del enemigo que se desarrollará, hasta cierto punto, esta batalla; pero ello no obliga en modo alguno a cederle la iniciativa o a desaprovechar las coyunturas favorables.

Al terminar, dos precisiones sobre el problema relativas a Cuba. En primer lugar, hasta 1959 Cuba fue un caso quizás único en América Latina de vinculación a todos los niveles entre la metrópoli y la colonia. Las condiciones de la sociedad cubana, y sobre todo su replicación relativa a escala urbana de las clases y capas sociales de los Estados Unidos (a diferencia de otros países continentales donde la persistencia en medida apreciable de formas de producción precapitalistas hizo que existiesen sectores relevantes de la población que no encuentran un correlato en la sociedad estadounidense, ayudaban a que la relación ideológica metrópoli-colonia tuviera un dinamismo singular.

No obstante, Cuba logró triunfar sobre el problema de manera rápida y profunda en el curso de su revolución de liberación. La veloz identificación del enemigo por parte del pueblo cubano y su interiorización de la permanencia del enfrentamiento a muerte con el mismo, eliminaron la función dominante ejercida, antes por el complejo cultural norteamericano. Junto con la dominación económica y el control político desapareció incluso físicamente buena parte de la “exportación ideológica”. Sin embargo, sus efectos a los niveles sociales y psicológicos son tan profundos que ni siquiera en nuestro caso, en que se ha producido la más completa remoción de esa influencia ocurrida hasta el momento en el continente, es posible hablar de su total desaparición.

Además de los deberes de la solidaridad internacionalista, esta última cuestión justifica la necesidad del conocimiento del problema tratado como un elemento más a considerar por nuestra política ideológica. Hacerlo desde el poder revolucionario implica una diferencia radical en el planteamiento de la cuestión en relación con los demás países del continente y nos posibilita objetivos más ambiciosos.